

“Las regiones desde las representaciones y las prácticas sociales”

El historiador Eric Van Young, haciendo alusión a la necesidad de pensar las regiones más allá de las fronteras administrativas establecidas por los Estados, señaló que las mismas son “hipótesis a demostrar”. Desde esta aproximación metodológica, las regiones, antes que ser vistas como predeterminadas, deben visualizarse como unidades espaciales maleables, construcciones geográficas que se reconstruyen a través de interacciones sociales cotidianas, las cuales llenan de significados e historias los espacios por los que circulan mercancías, personas e ideas. Van Young, experto en el periodo colonial y el siglo XIX mexicano, una y otra vez, insiste en que es imperativo *historizar* los sentidos de que son dotados los territorios teniendo en cuenta la temporalidad en la cual se están configurando los mismos.

Esta forma de entender lo regional— presente también en las historiografías de otros países latinoamericanos— es la que encontramos en los artículos que dan forma a este nuevo número del *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. El número, el veintiséis a lo largo de nuestra historia, está integrado por textos que permiten reflexionar tanto sobre el rol que juegan las representaciones en la configuración de los espacios, como en torno al papel determinante que tienen las interacciones de los grupos sociales en las definiciones de las prácticas sociales que terminan dando vida y forma a los territorios.

Los trabajos de Gabriel Cabrera Becerra, Nelson Alvarado Sánchez y Renzo Sanfilippo, a partir del lente de botánicos, clérigos e intelectuales, muestran las narrativas que los viajeros construyeron sobre varios espacios regionales en Latinoamérica. Cabrera Becerra, utilizando la experiencia de la frontera colombo-brasileña como caso de estudio, se detiene en los trabajos que realizaron botánicos nacionales y extranjeros en el Alto Río Negro - Vaupés en el periodo comprendido entre 1785 y 1965. Al hacerlo, revela los estudios de botánicos que han pasado desapercibidos en la historiografía y cuyos aportes fueron claves para el conocimiento de la flora amazónica. Alvarado Sánchez, a través del diario de viaje de fray Buenaventura Vargas, analiza las visiones que este clérigo, oriundo de Santiago de Chile, construyó sobre los territorios del sur del país a inicios de los años 20 del siglo XX. El autor, de manera ágil, indaga no solo por lo que aparece explícito en el diario (los paisajes, los avances o el atraso en las localidades, pueblos y ciudades, las

* Editora.

condiciones morales y sociales de sus habitantes), sino también por lo que el citado clérigo silencia (la “Pacificación de La Araucanía” o anexión de Chiloé, por ejemplo). Sanfilippo, entre tanto, privilegia un ángulo de análisis que cada vez más cobra fuerza en los estudios sobre la literatura de viajeros: la práctica de traducción de relatos de viajes. Intentando contribuir a la comprensión de las dinámicas historiográficas y traductológicas de la primera mitad del siglo XX, este autor se centra en la práctica de traducción que adelantó el abogado e historiador argentino José Luis Busaniche. El artículo, que hace uso de la correspondencia de Busaniche con otros intelectuales, arroja luces sobre las condiciones que hicieron posible la producción de ediciones en español de relatos de viajeros extranjeros.

Si los artículos de Gabriel Cabrera Becerra, Nelson Alvarado Sánchez y Renzo Sanfilippo privilegian las miradas y representaciones construidas por viajeros, los de Eloy Jiménez Martínez, María Cutrera, Sergio Vargas Matías, María Lanteri y Victoria Pedrotta se ocupan de las dinámicas poblacionales, militares y políticas que habitantes indígenas pusieron en juego a la hora de interactuar con las autoridades coloniales o con las republicanas. Jiménez Martínez, interesado en contribuir al estudio del número aproximado de habitantes de México-Tenochtitlan en 1.519, muestra, entre otras cosas, los contrastes existentes entre las nociones de ciudad que manejaban los pueblos indígenas y las que buscaban imponer las autoridades españolas. Cutrera, quien se ocupa de las relaciones entre los indígenas del Chaco y los hispanocriollos de las distintas ciudades del Tucumán en los siglos XVIII y XIX, estudia el impacto que las reducciones jesuitas y franciscanas pudo tener sobre la autoridad de los jefes nativos. Según lo expresa la autora, dado que los caciques eran líderes cuya autoridad se construía a partir del dominio de ciertas destrezas ponderadas por sus seguidores, la incorporación a las misiones y pueblos hispanocriollos no produjo modificación alguna. En contraste, estos últimos acabaron por acomodarse a las formas de organización política existentes entre los indígenas.

Esta capacidad de agencia de los indígenas para incidir en los procesos militares y políticos que tuvieron lugar en los territorios que habitaban está presente en los textos de Sergio Vargas Matías, María Lanteri y Victoria Pedrotta. El primero, concentrado en las relaciones entre las autoridades virreinales y pueblos indígenas de Veracruz en el marco de las guerras por las independencias, analiza las estrategias empleadas por el gobierno virreinal para controlar el territorio comprendido entre Orizaba y Veracruz en el periodo que va de 1815 a 1821, las cuales fueron desde el otorgamiento masivo de perdones, la formación de colonias de indultados, pasando por el repoblamiento de pueblos abandonados, hasta llegar al establecimiento del y “camino militar” del trayecto Córdoba-Veracruz. Por su parte, Lanteri y Pedrotta, examinan la importancia de las fuerzas indígenas en el marco de coyunturas bélicas, particularmente en el marco de las batallas de Cepeda (1859), que puso fin al Estado de Buenos Aires, y la de Pavón (1861), que cimentó la unificación territorial del Estado Nacional a partir de 1862. El artículo detalla el funcionamiento del orden estatal en la frontera, resaltando la tensión constante entre normativas y prácticas junto a un grado de relativa independencia de las autoridades locales en relación con el gobierno central con sede en la ciudad de Buenos Aires.

Este número de tema libre, finalmente, incluye un artículo dedicado a la comprensión del proceso político, ideológico y militar del Movimiento Jaime Bateman Cayón (MJBC), una organización insurgente colombiana que surgió en 1994 y desapareció a principios del siglo XXI. Felipe Caro Romero y Angélica Cruz Triana, al igual que los autores de los artículos previamente mencionados, escapan a las miradas generalizantes y, a partir de la reducción de la escala de observación, problematizan la literatura que ha analizado el citado movimiento como una simple disidencia. Caro Romero y Cruz Triana, en contraste, reconstruyen la trayectoria del MJBC y logran evidenciar un incipiente proyecto político, expresado, entre otras cosas, en el insistente llamado del mencionado grupo para que se habilitaran espacios de diálogo efectivos e inclusivos.

El conjunto de artículos que dan forma a este nuevo número del Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, que esperamos sean del agrado de nuestros lectores, siguen relevando la importancia de apostarle a la reconstrucción del pasado histórico de los territorios latinoamericanos a partir del lente regional. Eso sí, como lo sugiere Eric Van Young, teniendo en cuenta que las regiones, antes que ser estudiadas como entidades previas, deben ser reconstruidas a partir de las visiones, acciones, interacciones y significados que les imprimen quienes las habitan, viven y exploran.